

Duro día de trabajo

Margarita pega un respingo cuando su teléfono móvil empieza a lanzar vibraciones y a moverse por la mesa del salón. Son las 11 de la noche y es un cliente de la agencia de comunicación.

Mañana cierran todo el día por inventario, así que le avisa para que pueda informar a los clientes en el Instagram del restaurante, comenta el cliente como si llamar a esas horas de la noche fuese lo más normal del mundo. ¿Recibes muchas llamadas de teléfono a esas horas, cuando acabas de cenar, estás acostando a tus hijos o vas a leer antes de dormir?

A Margarita no le importa, de hecho, tampoco le disgusta. Responde el teléfono con alegría. No frunce el ceño, aunque esté a punto de freír un huevo o tendiendo una lavadora o eligiendo una película en Netflix. Ella entiende que se debe a los clientes de la agencia. Ellos le pagan. No le pagan por estar las 24 horas disponibles, pero ella hace como que sí.

Solo un par de horas antes otro cliente de la agencia, esta vez el dueño de un taller mecánico, ha desestimado diez diseños de un cartel para su promoción de cambio de ruedas de vehículo por un precio inigualable. No, Margarita, esa rueda es de tractor, no de coche. No, Margarita, el teléfono ponlo a la izquierda, que se ve más. No, Margarita, el logo más grande, que se vea, que se vea mucho.

Margarita, paciente y encantada, ha dado las enésimas instrucciones al diseñador; mientras él horrorizado ha agrandado el logo del taller mecánico. Son ya las tres de la tarde y la hora de la comida se pasa.

Ella siempre ha sido muy trabajadora: era la que cogía los apuntes en clase y la que los dejaba. Era la que asumía las labores de los compañeros con jornada reducida. Era la que echaba una hora más los viernes por la tarde.

Margarita piensa que todo lo que hace se lo van a agradecer. Pero no con un simple gracias, muy amable, Margarita. Si no con una placa de mejor empleada o mejor agencia o mejor lo que sea y dinero y recomendaciones e invitándola a lugares lujosos y caros. Porque las empresas que están agradecidas con sus empleados hacen esas cosas o ella así lo entiende.

De hecho, hace unos años, la cadena de hoteles en la que trabajaba organizó un viaje a República Dominicana, pero ella no logró ir. Por eso quiere que todos estén satisfechos con su trabajo. Para recibir recompensas desmedidas. Sin embargo, todo se queda con un simple gracias, muy amable, Margarita. Ni hoteles de lujo, ni fin de semana de spa ni aumento de sueldo.

Margarita vuelve a pegar otro respingo a las 8 de la mañana cuando su móvil vibra como un poseído. ¿Te he despertado, Margarita?, le pregunta el responsable de una bodega para el que trabaja. Margarita todavía en pijama y con su café recién preparado contesta risueña que no y que si le despierta pues da igual. Le informa de que le invitan a una cena esa noche, que es en un restaurante de tres estrellas Michelin y que tiene que venir, que ella no puede faltar.

Ve su momento, por fin, le invitan, la llevan, la tienen en cuenta. Y sonrío a su taza de café. Margarita está encantada, aunque le avisen a las 8 de la mañana, aunque tenga que salir del trabajo a las 10 y casi no llegue a la cena.

Pero quiere llegar. Margarita vuela hacia el Uber que la espera en el portal de su casa. Ha acompañado a varios clientes a unas entrevistas en la televisión, ha escrito varias notas de prensa, ha mantenido su sonrisa cuando le han echado en cara que no sube de seguidores en Tik Tok, incluso cuando la han comparado con la competencia y la han reprochado que los otros lo hacen mejor. Nada de eso podrá empañar la cena en el tres estrellas Michelin.

Suena su móvil a dos manzanas de llegar. Margarita, mira, que no puedes venir a la cena, que justo acaba de llegar la sobrina del jefe y se queda. Ya lo siento, pero no hay sitio. La próxima te vienes tú seguro.

Margarita se alisa su chaqueta recién planchada y guarda el teléfono en el bolso. Carraspea un poco y pide al conductor del Uber que si puede llevarla de nuevo a casa. Esperará paciente que la llamen a las 8 de la mañana o a las 11 de la noche. Qué más da.

Beatriz Elías.